

A través del espejo

Página para registrar una victoria envenenada

Hugo Hiriart

He vuelto a reflexionar sobre el silencioso, rapidísimo y letal tiburón. Me ocupan el clamoroso triunfo inicial y contundente derrota final del escualo. Vuelvo pues a la epopeya de la bestia de ojillos inexpresivos.

La historia es viejísima, tanto, que las cifras no hacen sentido claro en la imaginación del lego. ¿Qué diferencia encuentras entre 150 millones y 200 millones de años? No, no cuentas con criterios para apreciar la diferencia. Un millón es ya inimaginable, ¿un millón de años?, “largo me fiáis”, como se dice en el *Tenorio*.

Son sin embargo estos plazos descomunales los que hacen inteligible nuestra fábula. Millones de años quiere decir proceso lento, lentísimo, muy poco a poco, cero de prisa.

Un animal está en escena, es en extremo primitivo: las células se han ya aglomerado formando una criatura, pero no se han especializado aún. En el confuso organismo que flota en las aguas no aparece siquiera algo como una cabeza. Algo como la estrella de mar, tal vez. Si a esas células les preguntas ¿quién manda aquí?, responden todas en bola y gritería, porque no hay todavía cerebro ni ojos ni organización, es decir, no hay especialización. Pero muy despacio los órganos van especializándose: la evolución, gran diseñadora, va practicando con seres vivos: la confusa bestia unánime se va alargando, se afila y vertebra y surge un ser novedoso. Un sobreviviente ilustra esta fase: el *amphioxus* que muestra una aleta ondulada a todo lo largo de su cuerpo. Este pequeño posee ya columna dorsal, pero todavía no tiene cerebro específico ni cráneo. Su estructura está aún generalizada o en asamblea confusa, pero ya es alargado y con dirección. Es un precursor y los precursores deben ser humildes.

De estas bestias arcaicas derivan los peces y también un ser de movilidad y objetivo sin precedentes, el ser que nos ocupa, el gran tiburón predador.

La aleta larga y ondulada del *amphioxus* se ha dividido en dos, anterior y posterior, como si una energía interna se hubiera precipitado para formar un foco cerebral en la cabeza. Volvióse, pues, perceptivo de lo que debiera hacer y del manejo interno que debiera expresar: ya no será un movimiento vago a lo largo de todo su cuerpo. Parece como si a través de este guante elástico de carne, sin dedos, un sentido específico, un deseo ardiente, echara afuera tentáculos para apoyarse en el agua y mover el cuerpo a través de ella.

Y a qué velocidad. Digámoslo de una vez: el diseño del tiburón es perfecto. Los grandes submarinos nucleares lo han copiado servilmente. Prodigio de esbeltez y musculatura, ligero, sin huesos, sólo cartílagos, fuertísimo, no hay nada que sobre o falte en esta flecha acuática callada y letal. De un lado del péndulo zoológico, el luchador japonés de sumo y la morsa opulenta, del otro el ascético y estricto tiburón, en medio las demás criaturas. Éste es el esplendor de la bestia.

El tiburón, sin embargo, fracasó. Veamos por qué. Junto a él se desarrollaron unos peces extremadamente torpes de aletas lobuladas (esto es redondeadas), ya con huesos pesados y no cartílagos. Eran torpes, lentos, taradones, como digo, y no perfectos, como el tiburón. Pero de las aletas lobuladas se desarrollaron los brazos y las manos cuando el pez se arrastró hacia lo seco y salió de las aguas. El premio, pues, era grande. En la aleta lobulada hay una mano prensil en potencia, en la aleta del tiburón, no hay nada.

El tiburón al hacer que el movimiento de su aleta fuera cada vez más eficiente para llevarlo a su presa cometió un error de cordura de vista: ser infinitamente eficiente a costa de ser infinitamente limitado.

Dueños de este nuevo poder de dirección y movilidad, la energía que poseía se satisfizo con este nuevo dominio. No intentaron nada que no pudieran hacer perfectamente. Se convirtieron en dueños y piratas del mar, nadadores cumplidamente adaptados, consumidores más voraces. Toda su energía se dedicó a perseguir, morder y masticar. No le quedó otra cosa que apetito carnicero y la fiera barría las aguas para consumir todo lo que alcanzaba.

Por eso fracasaron, es decir, siguen siendo nada más eso, tiburones.

Hay una moraleja aquí, no sé si llamarla “superioridad moral de la adaptación imperfecta”. Estos tiburones me recuerdan a esos personajes riquísimos que manejan las finanzas del mundo, especulan a gran velocidad predatoria, perfectamente adaptados a un mundo cada vez más injusto y lastimado. No hay insatisfacción en ellos, ergo, no hay anhelo, no hay balbuceo de nuevas y más altas posibilidades. Hay sólo musculatura y velocidad. Son perfectos, pero limitados y cortos de miras.

Ésta es pues la lección moral del tiburón, es como siempre una lección de humildad. Todas las citas, por no hablar de las ideas, están tomadas de un libro realmente curioso e inesperado, se llama *Sexo, dolor y muerte* y es de Gerald Heard, el inglés amigo de Huxley e Isherwood que vivió también en Los Ángeles, e inició, a estos famosos novelistas y a otros, en las prácticas esotéricas y en la meditación oriental, hoy tan en boga por allá. **U**